

Ígneo

Capítulo IX: Intrigas arcanas

El Distrito Arcano parecía un remanso de paz en una ciudad en guerra. Sus calles estaban silenciosas, sus talleres no producían ningún ruido y el aire era claro y limpio, y no estaba cubierto de cenizas. Sin embargo, esa sensación de paz no era más que una máscara que ocultaba una cara mucho más cruel y oscura. El Distrito Arcano era un hervidero de conspiraciones y de conflictos internos. Atrás habían quedado las antiguas discusiones sobre experimentos e ideas, sobre los nuevos artefactos que iban a revolucionar la vida de todo el universo. Muy lejos parecen ya los pergaminos cubiertos de tinta y las noches en vela junto con los libros que atesoraban los viejos conocimientos de las bibliotecas. Todo aquello tenía que esperar.

Cuando sonaba el agudo cuerno de la guerra, todo se detenía a su alrededor. Daba igual que no se estuviera en la primera línea de batalla, sangrando con una espada en la mano, las vidas iban a ser sesgadas tanto fuera como dentro del campo de batalla. Y el Distrito Arcano no iba a ser menos, y ya llevaba varias semanas paralizado, a pesar de que no estuviera combatiendo en el sentido directo de la palabra.

Porque, aunque todo parecía silencioso y tranquilo no era más que la calma que precede a la tempestad. Y las piezas comenzaban a ocupar sus posiciones antes del golpe definitivo de victoria.

Emtrol era uno de los alquimistas más importantes de todo el Distrito, conocido por sus investigaciones prometedoras y muy fructíferas. Sus descubrimientos de nuevas variedades y cruces de plantas, habían conseguido extender y aumentar las cosechas, e incluso había permitido salvar a los valles del Este de su creciente desertificación. Considerado como uno de los favoritos del Distrito, había jugado en distintas escalas de poder dentro de la organización de este, pero nunca en un puesto demasiado relevante. Sin embargo, en esta ocasión parecía distintos.

Emtrol era uno de los partidarios más fuertes y fervientes de que los alquimistas mostraran su apoyo a los esclavos y les apoyaran en su guerra y control por la ciudad. La razón para ello era bastante sencilla a su parecer: los esclavos habían sido violentados durante demasiado tiempo, era hora de ayudarles y poner fin a su hipocresía. Además, los comerciantes no eran más que víboras interesadas en sacar un beneficio de cualquier situación.

Su mayor contrincante era Quine, al que tampoco tenía mucha estima ya que siempre había tratado de moverse en los círculos más cercanos del poder del Distrito, pero lo cierto era que sus investigaciones eran cuanto menos improductivas y aburridas. De hecho, dudaba que se pasara por su taller más de dos horas al día. Este comandaba a la facción de los alquimistas que defendían a los comerciantes y apostaban por una recuperación de la ciudad de mano de los esclavos.

Y mientras estas dos posibilidades se enfrentaban a cada esquina, luchando con la dialéctica a cada momento para alzarse con la victoria sobre el enemigo, el Alquimista Supremo, líder del Distrito Arcano, simplemente observaba, no tomaba partido en ninguno de los dos bandos, permitiendo que hablaran y mientras tanto, bajo su atenta mirada llena de paciencia intentaba que se llegara a un acuerdo.

“Pero no hay acuerdo posible” pensaba Emtrol para sí “estamos hablando de apoyar a causas completamente contrarias, no podemos establecer un punto medio”. A pesar de

que el alquimista trataba de explícaselo a todo el mundo, el Alquimista Supremo parecía completamente ofuscado en que la mejor opción era llegar a una solución satisfactoria para ambos.

Convocaba varias reuniones al día que siempre se saldaban con el mismo resultado: la discusión de los dos grupos a viva voz, mientras el Alquimista Supremo observaba sin soltar ninguna palabra, únicamente ahí parado como una estatua sin voluntad propia. Era obvio que las posturas no iban a ponerse de acuerdo y era necesario que hiciera algún movimiento. Si no se posicionaban su resultado era bastante claro: serían eliminados por cualquiera de los bandos de la guerra, más tarde o más temprano.

Sin embargo, el Alquimista Supremo continuaba dejando las decisiones en aquellas reuniones sin sentidos, en las cuales no se avanzaba sobre ningún punto. De hecho, en varias ocasiones casi había llegado a las manos. “Y ojalá lo hubiésemos hecho” pensó Emtrol “así le enseñaría ese capullo de Quine un poco de conocimiento”.

Sinceramente no podía entender la postura de los procomerciantes. Había tratado varias veces de ponerse en su lugar, pero le resultaba imposible. Los mercaderes llevaban durante años fluctuando los precios de las materias primas a su antojo, beneficiándose del dinero del Distrito, de hecho, algunas investigaciones prometedoras tenían que ser retrasadas por la imposibilidad de hacer frente a los pagos de las mercancías. Además, cuando los alquimistas conseguían un nuevo invento o mejora, las leyes favorecían e incluso obligaban a que se pusieran a la venta para su explotación, de forma que los Emperadores y sobre todo el Puerto, se beneficiaban de años de trabajo y de saber.

Todo aquello debía terminar, era lo que pensaba Emtrol, es necesario que todo lo que desarrollamos aquí pase a las manos del pueblo, que pueda beneficiarse de todo lo nuevo que está por llegar sin tener que ser ricos para ello.

Además, el Imperio había llevado una importante restricción del Distrito Arcano y regulaba con leyes asfixiantes todo lo que allí se podía hacer. La mitad de las investigaciones que se llevaban a cabo estaban obligadas a tener aplicaciones bélicas, de forma que el desarrollo de máquinas de guerra, de fuego líquido, explosivos y demás estaba muy desarrollado. Por otra parte, no todo podía investigarse si no que unos rígidos funcionarios imperiales evaluaban el proyecto y determinaban si se podía llevar a cabo o no. Era necesario acabar con todo aquella y tener libertad en sus investigaciones. Y para ello los esclavos eran la mejor opción, ellos le darían el avance al pueblo, mientras que los mercaderes solo lo usarían para continuar volviéndose más ricos con ello.

Trataba de ponerse en el lugar de los alquimistas que apoyaban a los comerciantes. Desde luego, eso reportaría grandes recompensas a sus bolsillos, pero el Distrito Arcano se convertiría en una fábrica, dirigida por el Puerto para construir con el único afán de vender. Simplemente sería un lugar donde se trabajaría sin ningún afán de conocimiento, sin ningún empeño verdadero por mejorar la vida de las personas, ese no sería el objetivo, si no conseguir más dinero.

Y Emtrol no estaba dispuesto a llegar a esa situación. Si los esclavos habían conseguido librarse de siglos de trabajo y explotación, ellos conseguirían librarse de la ignorancia y la avaricia. Aunque para ello tuvieran que sacrificar todo lo necesario.

Ahora mismo estaba en su habitación, tratando de pensar cual podría ser su próxima estrategia, pero le resultaba imposible. Su cerebro ya no podía pensar en más reuniones infructuosas y en pérdidas de tiempo, tenían que actuar de una vez por todas, se estaba preparando el golpe definitivo, el que dejaría la ciudad en unas manos u otras y ellos tendrían que estar presentes.

Sintió una llamada en la puerta, muy suave, apenas perceptible. Pero aun así se acercó a abrirla, allí estaba una muchacha, apenas una niña, que parecía tratar de recuperar el aliento. Miró a Emtrol con una cara de súplica y este la dejó pasar a la habitación.

Tardó unos segundos en acompasar de nuevo su respiración a un ritmo normal y entonces dijo muy bajo y sin apenas vocalizar:

- Tiene que acompañarme
- ¿Qué? Repítelo más despacio que no entiendo lo que dices.
- Tienes que venir conmigo -trató de decir más lentamente la niña.
- A ver -dijo tranquilamente el alquimista. - Vamos a ir punto por punto, ¿Cuál es tu nombre?
- Soy Regina.
- ¿Y has venido a traer un mensaje?
- Exactamente, me ha dicho que te tengo que llevar con él.
- ¿Quién es él?

La niña parecía no estar muy dispuesta a soltar la información, por lo que el alquimista dijo:

- Como comprenderás me va a resultar muy difícil creerte y acompañarte a cualquier sitio si ni siquiera sé para quien trabajas.
- Es que me dijo que tuviera cuidado porque no debía de contar las cosas, que a veces hablo demasiado – dijo de con una extraña preocupación infantil.
- Pues si no hay nombre no voy a acompañarte a ningún lugar, y mucho menos en estos tiempos.
- Vale – dijo a regañadientes la niña. – Te lo voy a decir, pero tendrás que venir conmigo después.
- Trato hecho.
- Andris, el alquimista que está un poco loco, el del final de la calle del hierro, me ha dado tres monedas de plata para que viniera a decirte que fueras a su taller.
- ¿Y por qué no me lo podías decir?
- Dijo que no se lo dijera a nadie. Le hice caso porque como está un poco para allá – dijo la niña mientras señalaba hacia su cabeza. – Pues mejor tenerlo contento que a saber cómo reacciona.
- Está bien, llévame allí y rápido que no estoy como para perder el tiempo.

La niña lo guió por callejones sinuosos y avenidas solitarias. Pronto Emtrol se dio cuenta de que no estaban siguiendo el camino más directo posible hasta el taller de Andris, si no que retrocedían y rodeaban cada poco, incluso en una ocasión comenzaron a andar en dirección contraria.

- Sabes que estamos dando rodeos innecesarios ¿verdad? – preguntó el alquimista.

- Calla, que el loco me ha dicho que fuera rodeando. Y que no hablara mucho en la calle que hasta las paredes tienen ojos.

En eso sí que no podía negarle que tenía razón, se dijo Emtrol. Pronto llegaron al taller de Andris, una enorme construcción, sólida y sin apenas ningún tipo de decoración, tal y como acostumbraba en el Distrito Arcano. Entraron por una puerta lateral, algo más camuflada que el resto entre las sombras de las cornisas de los tejados. Nada más entrar y apenas recorrer unos pocos metros de pasillo se toparon con el alquimista, que portaba un farol con una llama eterna.

- Hola Andris, bueno tú dirás para que me habrás llamado aquí – dijo Emtrol.
- Aquí no hablemos, si en la calle las paredes tienen oídos, aquí dentro hasta les crecen ojos. Pasemos a mi despacho.
- ¡Oye y mi recompensa! – gritó la pequeña niña.
- ¡Maldita niña desagradecida! – le contestó Andris. – Que tres monedas ya te he dado y aún te atreves a mendigar un poco más. Corre a alimentar el horno que se va a apagar y no me molestes.

La niña marchó con una sonrisa en los labios a pesar de que no había aumentado su fortuna personal. Los dos alquimistas continuaron por los pasillos en busca del despacho de Andris.

- Vaya criada que has conseguido, no parece muy disciplinada – le dijo con una carcajada Emtrol.
- Aprendiz más bien, tiene un genio sacado de las tribus del Norte, no en vano creo que en su sangre aún recorre algo de ese orgullo.
- ¿Aprendiz? Parece muy joven.
- Y brillante. Con esto de la guerra la mayor parte de mis ayudantes me abandonaron y si quería mantener en taller iba a necesitar ayuda, y me encontré con esta chica por las calles y aparte de soltarme más improperios de los que tenía noción que existían comprobé que tiene una mente privilegiada y trabaja con una calidad excepcional. Tienes el futuro de la alquimia concentrado en menos de un metro y medio. Pero no se lo digas que tiene un ego de mil demonios.
- ¿En las calles? ¿Aquí en el Distrito Arcano?
- No, más bien en las fronteras de este. La niña era una antigua esclava que nunca conoció a sus padres, durante la revuelta murió su amo y los esclavos le ofrecieron que estuviera junto a los demás huérfanos en el Centro, pero ella es demasiado espabilada y quiso trabajar en las calles, ordenando y organizando el desastre de ciudad que tenemos. Y así es como la encontré.
- Curiosa historia la de la niña esclava alquimista. Y ni siquiera me ha dicho su nombre.
- Ni a mí tampoco – dijo Andris con una pequeña sonrisa en el rostro. – Cada día se inventa uno nuevo y me dice que el llame de esa forma, así que no sé su nombre real.
- ¿Y cómo se llama ahora?
- La Dama de Plata. La muy sinvergüenza se lo cambió en cuento le pagué para que te trajera aquí. Desde luego tiene sentido del humor.

Llegaron al despacho de Andris y este procedió a cerrar la puerta rápidamente, mientras sus ojos no paraban de recorrer la habitación. Parece que no encontró nada alarmante puesto que se relajó al momento.

- Andris, he de decir que todo esto me parece muy raro, ¿para qué me has llamado? ¿Y en estas circunstancias?
- Emtrol, sé que todo el mundo piensa que estoy un poco loco. Pero por lo menos me doy cuenta de las cosas que suceden a mi alrededor. Y tengo ganas de seguir investigando, de crear cosas para el mundo. Mis investigaciones llevan paradas mucho tiempo.
- Como las de todos, la guerra ha paralizado todo. No deberías traerme aquí solo para quejarte de eso. Como sabes, tengo muchas cosas importantes que hacer.
- Lo sé, pero no te he traído aquí para quejarme. He venido a proponerte una solución.
- ¿Una solución? – preguntó Emtrol, esta vez mostrando mucha más atención que anteriormente.
- Exacto. Eres el líder de la facción a favor de los esclavos dentro del Distrito Arcano, algo que apoyo, los esclavos seguro que sabrán apreciar las investigaciones si consiguen conquistar la ciudad. Y por lo menos no me tratarán de estafar como los comerciantes.
- Sí, yo y mi grupo de gente queremos aliarnos con los esclavos. ¿Y tienes una propuesta para conseguir eso?
- Exacto. Sin embargo, no es del todo lo legal que podría ser, por esto es necesario guardar todo este hermetismo.
- ¿Legal? ¿Qué estás proponiendo?

Andris miró hacia un lado y otro antes de acercarse lentamente al oído de Emtrol:

- Matar al Alquisma Supremo – dijo susurrando.
- ¿Matar al Alquimista Supremo?! – dijo gritando el otro.
- No grites. Hay que mantenerlo en secreto.
- ¿Pero como vas a matar al Alquimista Supremo? Estás loco. Es horrible.
- Piénsalo por un momento con algo de claridad.
- Pero como voy a pensarlo con claridad, es una locura, no voy a asesinar a nadie y menos dejar que lo hagas.

Andris trató de explicarse lo más claramente posible:

- Piensa por un momento. He visto todas esas reuniones inútiles que habéis tenido, en las que no se ha avanzado ni un paso. No le daba mucha importancia porque los líos de política no me interesan mucho, pero si hasta yo me he dado cuenta de que esta situación es insostenible, tú debes de saberlo desde hace mucho. El Alquimista Supremo bloquea que se pueda producir el más mínimo avance, con su afán de conseguir un consenso y sin intervenir lo único que hace es provocar este estancamiento que no parece llevar a ningún lado. Lo mejor es quitarlo del medio, y aunque no será la solución más ética, su muerte facilitaría las cosas.
- ¿Y por qué no matar a los partidarios de unirse a los comerciantes?
- Porque eso no solucionaría nada. Son bastantes y seguirías teniendo al Alquimista Supremo tratando de reconciliar las dos posturas. Como si fuera un sacerdote.

- Pero no podemos llegar hasta ese extremo. No podemos.
- En el fondo sabes que tengo razón. Es la opción más lógica de todas las posibles y sobre todo la más rápida, ¿cuánto tiempo crees que queda? Tanto los esclavos como los comerciantes están preparando el ataque final. Y cuando haya un ganador, nosotros vamos a ser los siguientes: arrasarán o doblegarán al Distrito Arcano sin que tengamos ninguna oportunidad de defendernos.

Emtrol sabía en el fondo que tenía razón. Miles de veces había pensado que si el Alquimista Supremo no estuviera interfiriendo continuamente se habría llegado a una disputa grave entre los alquimistas, pero por lo menos habría salido una decisión de apoyar a una de las dos facciones. Con el líder de por medio, lo único que se conseguía eran reuniones tediosas y palabras vagas y sin significado. Sabía que Andris tenía razón en lo que decía, pero no se había planteado llegar a una solución tan drástica.

- Si el Alquimista Supremo no estuviera, sería fácil que con un poco de tus influencias y poder, consiguieras el puesto tú mismo. Y desde ahí sería muy sencillo aliarse con los esclavos.
- ¿Y cómo sabes que ganaría la elección? – preguntó Emtrol.
- Por favor, solo tienes que mirar a tu alrededor, tienes mucho más prestigio que el inútil de Quine, del cual no he oído nunca a qué se dedica a investigar. Tú eres famoso por haber recuperado la agricultura en los valles del Este, se puede decir que estaban a un paso de convertirte de un héroe del Imperio. Y además posees dotes de líder, iniciativa y carisma especial. Podrías ganar.
- No estoy diciendo que quiera hacerlo – el tono de voz de Emtrol resultaba cada vez más inseguro y temeroso. – Pero, ¿cómo planteas hacerlo?

Andris se acercó a un pequeño armario que tenía al fondo de la habitación y de uno de los cajones sacó una pequeña bolsa de cuero. La abrió y de ella sacó un pequeño polvo, parecido a la ceniza pero que con la luz daba una especie de brillo metálico.

- Esto es polvo de hierro de la Laguna Boreal – explicó el alquimista a su compañero. – Lo he destilado yo mismo de las aguas, es tremendamente tóxico y en dosis elevadas mortal. Lo más interesante es que sus efectos muchas veces se confunden con una enfermedad hemorrágica con grandes fiebres y pérdida de líquidos.
- ¿Cómo si fuera una peste? – preguntó Emtrol.
- Exactamente, de hecho, sus efectos son bastante similares a la enfermedad que se extendió por el Sur y llegó a afectar a Androl hace unos años.
- Lo recuerdo, fue una catástrofe en algunas ciudades.
- Pues este polvo causa unos efectos muy similares y normalmente se diagnostica como una enfermedad. Podemos aprovecharnos de esto para envenenar al Alquimista Supremo con ello.
- De todos modos, va a resultar raro que solamente él se contagie de una enfermedad muy contagiosa.
- Por eso exactamente mi plan incluye que mucha más gente se tome un poco de polvo, incluido tú.
- ¿Quieres asesinar a mí también? – preguntó Emtrol.

- Obviamente no – trató de explicarse Andris. – Como te he dicho únicamente el envenenamiento es mortal si es en cantidades elevadas que el cuerpo no es capaz de eliminar. En cantidades más moderadas causa las fiebres y hemorragias, pero pocas veces llega hasta la muerte.
- ¿Entonces, estás tratando de simular una peste en el Distrito Arcano?
- Una pequeña, pero sí, y únicamente el Alquimista Supremo morirá de ella. Los demás solamente pasarán la enfermedad. Además, en este momento, con cadáveres por toda la ciudad, incendios y suciedad, no es raro pensar que pueda surgir una enfermedad.

Emtrol pensó que tenía lógica todo aquello que decía, pero eso no implicaba que lo que fuera a hacer no fuera terriblemente horrible.

- A veces, situaciones desesperadas requieren medidas extremas – dijo Andris.

Y ciertamente era así, porque tenían que conseguir de una vez por todas la victoria. Por los esclavos que se merecían su libertad, pero también por los alquimistas que se merecían la suya propia.

- Está bien – dijo, sin saber si aquellas serían las palabras de las que más se arrepentiría en su vida, sin saber siquiera lo que estaba haciendo. – Tú plan tiene sentido, podemos llevarlo a cabo.
- Muy bien – dijo entusiasmado Andris. – Comprobarás que es la mejor situación posible.
- ¿A cuanta gente vas a hacer tomar los polvos esos?
- Los suficientes como para que no resulte sospechoso. Obviamente, tú también deberías tomarla para alejar cualquier tipo de duda. También tendrás que darle la dosis al Alquimista Supremo, ya que te es más fácil llegar hasta él. Yo me encargaré de darle dosis a la demás gente.
- ¿Y cómo quieres que le dé el veneno? – preguntó hastiado Emtrol.
- Bastará con que lo eches en una copa de vino o agua. No lo notará, los efectos comenzarán al día siguiente como muy pronto.
- Está bien -dijo rendido Emtrol. – Dame las dosis de una vez.

Andris cogió unos pequeños papeles en los que envolver pequeñas cantidades del polvo de hierro.

- Esta pequeña es para ti, apenas contiene medio gramo, con lo que enfermarás, posiblemente tendrás dolores bastante agudos así que te recomiendo infusión de corteza de sauce y flor de medianoche. Las hemorragias no suelen ser muy graves, pero sí que te resultará desagradable la expulsión de líquidos así que procura beber la máxima cantidad de agua que puedas.
- Y esta es la cantidad para el Alquimista Supremo – continuó. – Son unos dos gramos, así que, aunque su cuerpo metabolice muy bien no creo que pueda sobrevivir. En su caso será un poco más desagradable porque las hemorragias...
- Calla – atajó Emtrol. – No quiero saber los detalles de lo que voy a hacerle. Ya es suficiente lo que sé.
- Recuerda – dijo Andris. – Lo hacemos por el bien común.

Emtrol asintió mientras se alejaba, cuando llegó a la calle apenas era consciente de lo que hacía, simplemente arrastraba los pies de vuelta a sus habitaciones.

Justo antes de llegar a su taller tomó otra decisión. Lo mejor no era esperar, era hacerlo cuanto antes. Si se lo pensaba mucho tal vez no conseguiría acumular el valor para hacerlo. Así que cambió de rumbo y se dirigió al Taller Mayor, donde se realizaban todas las labores administrativas del Distrito Arcano y actualmente era el principal foco del poder político.

Allí era donde vivía el Alquimista Supremo.

Sintió como el tiempo pasaba muy deprisa hasta llegar allí, como si el mismo destino le estuviera presionando para que lo hiciera y antes de que se diera cuenta estaba ya en los aposentos personales del líder.

- Oh, vaya sorpresa Emtrol – dijo con un tono afable el Alquimista Supremo. - ¿Qué te trae por aquí?
- Nada en especial -mintió este. – Simplemente estaba pensando que hacía mucho que no estábamos tú y yo solos, como en los viejos tiempos.
- Cuando acababa de conseguir el puesto – dijo con una carcajada. – Anda que no conseguiste ayudarme durante aquellos primeros años. Si no hubiese sido por tu ayuda a saberse donde estaría ahora el Distrito Arcano.
- Seguro que te lo hubieses apañado bien sin mi ayuda.
- No seas modesto, eres de las figuras más importantes de la alquimia en todo el Imperio, o por lo menos de lo que antes era el Imperio.

Emtrol contestó con un leve asentimiento serio, pero la mirada de tristeza que tenía no pasó desapercibida.

- ¿Te sucede algo? – preguntó preocupado el líder.
- No – contestó Emtrol. – Es solo que esta situación de enfrentamiento me tiene un poco de los nervios.
- Hay, todas las reuniones que tengo que aguantar en las que uno y otro bando casi os tiráis de los pelos, me tenéis agotado – dijo el Alquimista Supremo con una sonrisa. – Pero conozco el mejor remedio para pasar la tristeza.

Se marchó hacia un pequeño mueble y trajo una botella de vino.

- La llevaba guardando desde hace bastante tiempo, traída desde los valles del Este, en una de sus mejores cosechas, ya tenía ganas de probarlo.

Y cogió dos copas de cristal ricamente ornamentadas y sirvió sobre ellas el líquido rojizo. Había llegado el momento y la oportunidad que Emtrol necesitaba. Le preguntó por uno de los tapices que adornaban la habitación y cuando el líder se giró, echó cada una de las dosis en las copas: la grande para el Alquimista Supremo y la pequeña para él mismo.

- Bueno, no vamos a dejar esperar más a este manjar de los dioses – dijo el líder con una sonrisa resplandeciente.

Emtrol también le sonrió mientras chocaban sus copas y la llevaban a los labios. Sus ojos sin embargo demostraban una intensa tristeza.

Cuando sus labios rozaron el dulce vino, supo que ya todo estaba decidido.